



BECCQUER

PAGINAS
DESCONOCIDAS

3

PQ6503
.B3
A6
v.3

P. C.



1020027231

PÁGINAS DESCONOCIDAS

P Á G I N A S
DESCONOCIDAS

DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

RECOPILADAS POR
FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA

III VOLUMEN



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

86361

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 4
MADRID

31151

P R Ó L O G O

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE A. G. IZQUIERDO.—DOCTOR MATA, 3

Una vez más hemos conseguido rasgar un nuevo jirón del trágico velo del olvido que una imperdonable indiferencia, un bárbaro abandono, había consentido que, hasta hoy, ocúltase una gran parte de la obra de Bécquer.

Nuevos pilares del más sólido granito, para el monumento que en las almas tiene el poeta de las rimas, son estas páginas desconocidas que hoy salen del olvido, de la sombra, para entrar en la inmortalidad, en la región de los siempre verdecidos laureles, donde ofrece la gloria su ardiente beso de mujer.

En estos días otoñales, teniendo en nuestras manos las viejas revistas, de amarillentos folios, y los manuscritos de parduzcas letras, en los que su alma, genial y dolorida, fué dejando jirones de luz, como en los zarzales del infinito camino de tedio de su vida dejó las rojas rosas de su sangre, la sombra del poeta pasó ante nosotros. Revuelta la negra melena, perdidos sus ojos en inaccesibles lejanías; en su rostro un gesto de supremo desdén. Parecía uno de los enlutados caballeros que inmortalizó el Greco con su pincel.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

Cuando ordenaba los papeles, las cuartillas en las que quedaron grabados los frutos de tu genial inspiración, para formar estos volúmenes, que salvaran tu obra del olvido y de la muerte, yo he sentido la fría caricia de tu mano, que me guiaba, señalándome amplios y maravillosos caminos.

¡Pobre Gustavo Adolfo! Tu trágica miseria, el incurable dolor de tu alma incomprensible, que iba agostándose lentamente, tu altiva silueta romántica vivieron conmigo en las interminables horas de trabajo, en las que una copia de la "Melancolía", de Alberto Durero, era el único testigo de mi fiebre, de mi fervor.

Y ya está la obra terminada. Nuevamente tus palabras, acariciantes y musicales, rompen el silencio, la indiferencia.

LA MUSA DE LAS RIMAS

La vieja y retorcida calle de la Justa, rincón del antiguo Madrid de nuestros abuelos, convertida hoy en patio de repugnante lupanar, guarda, entre sus edificios, la casa donde vivió la musa de las rimas; la que inspiró al poeta su maravilloso breviario de amor. Es la señalada hoy con el número 30, y que está enfrente de la calle de la Flor.

Una tarde Bécquer, acompañado de Julio

P R O L O G O

Nombela, fueron a ver en dicha calle, la casa en que este último había nacido. Era un ruinoso edificio de un solo piso, que el tiempo había convertido en guarida de vicio y miseria. Siguieron Bécquer y Nombela su camino y al llegar frente a la casa número 30, algo que creyeron sobrenatural hizo que detuviesen el paso y una brisa de emoción acarició sus almas: en uno de los balcones del piso principal estaban asomadas dos bellísimas mujercitas. Una de ellas impresionó tan profundamente al poeta, que ya, todas las tardes, sus pasos le llevaban a la estrecha calle para ver a su amada ideal. La mujercita, aquella ingenua mujercita que tenía en su cabellera aprisionado un rayo de sol, también le esperaba, poniendo una promeas de amor infinito en la sonrisa de su boca, en el tenue brillo de sus ojos azules, en la nieve de su mano, cuando, al alejarse el extraño desconocido, le enviaba un adiós.

A esto se redujeron sus amores. Nombela, hombre más práctico, no tardó en enterarse de que aquella mujer, que la casualidad puso en su camino, se llamaba Julia Espín, y era hija del compositor del mismo apellido. Encontró el medio de asistir a las reuniones y conciertos que en aquella casa se celebraban semanalmente, pudiendo, por lo tanto, hacer

una realidad de sus platónicos amores; pero Becquer no quiso. La realidad, con su cortejo de vulgaridad y prosa, hubiese destruido aquel amor, hijo de su sueño; la flor que crecía en lo más recóndito de su espíritu habría perdido su perfume. Prefirió soñar, vivir la vida que él mismo creaba como su más preciada obra de arte, seguir el camino que le marcaba su luz interior...

Y sin ella saberlo, sin que llegase a saberlo nunca, aquella mujercita que una tarde de otoño estaba asomada a un balcón en una estrecha calleja del viejo Madrid, fué la inspiradora del más bello breviario de amor que repiten de memoria todas las mujeres.

Bien merece tu nombre—pobre musa desconocida—ser grabado en el pórtico de este libro que tantas páginas habrás inspirado.

UN RECUERDO

Ya que hemos evocado a la mujer inspiradora de las rimas, queremos también, creyendo hacer una obra de justicia y desagravio, dedicar un recuerdo a la que fué esposa del poeta, madre de sus hijos. Todos los biógrafos la olvidan; algunos, al hablar de ella, la llaman ignorante, incapaz de comprender a Bécquer, indigna de ser la mujer de un ar-

tista. Encuentran, en fin, un caso más que añadir a los que sirvieron a Daudet para escribir su célebre obra, en la que con tan sutil ingenio retrata estos equivocados matrimonios.

Encontrando nebuloso y oscuro todo cuanto de la mujer de Bécquer dijeron, lo mismo sus contemporáneos que los escritores de hoy, en biografías y artículos, me dediqué, infatigable, a recoger cuantos datos encontrase que me permitiesen proyectar un poco de luz sobre su perdida figura. Hoy, teniendo reunidos, sobre mi mesa de trabajo, los resultados de mis investigaciones, veo cuán injustos fueron todos con aquella infortunadísima mujer, dotada de una sorprendente inteligencia y digna por todos conceptos de ser la compañera de Bécquer.

La vida de esta mujer es una historia de dolor y de sacrificio. Muerto su marido, la más negra de las miserias es su único horizonte y el de sus tres hijos. Cuando unos fieles amigos recogen en dos pequeños volúmenes, que la caridad editó, una parte de la obra del poeta, su mísera situación encuentra una pequeña tregua de tranquilidad. Nuevas ediciones la permiten ir saliendo adelante sin angustias ni apremios; pero llega un momento en que dichas obras pasan a ser propiedad

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

de un editor mediante una cantidad, que no debió ser muy crecida, puesto que a los pocos meses volvió la miseria al hogar del poeta.

Sin medios ya para hacer frente a la vida recurre a una suscripción entre los admiradores y amigos de su marido, y con un álbum en el que constaban las limosnas, fué de puerta en puerta, recogiendo ingratitud, indiferencia, dolor...

En el otoño de 1882, y provista de varias cartas de presentación de Castelar, marcha a París, donde, gracias a éstas y a un pequeño núcleo de españoles, puede encontrar los medios de regresar a España.

—¡Señora! ¿Cómo toleran los españoles y su Gobierno que la viuda de un poeta como Bécquer tenga que ir al extranjero a pedir una limosna?

Esto la dijo un ilustre hombre público de Francia al enterarse de su dolorosa peregrinación.

De vuelta a España escribe y publica un libro, colección de cuentos y artículos, titulado "Mi primer ensayo", que dedica a la Marquesa de Salar. Hay en esta dedicatoria un párrafo en el que palpita y sangra la llaga siempre abierta de su dolor. Dice así:

"Pobre y enfermo estaba mi sér, porque enferma y herida tenía mi dolorida alma, can-

P R O L O G O

sada de luchar contra mi destino, cuando se me ocurrió escribir estas mal trazadas líneas como último recurso para defenderme de la miseria y del hambre, que en esta tierra, patria de Cervantes y Calderón, es la única herencia que, por desgracia, alcanzamos las viudas de los poetas, cuyos horrores y privaciones son las recompensas conseguidas al brillo que a su patria dieron con sus plumas y su talento."

Poco después de publicado este libro, la enfermedad nerviosa que padecía se agudizó de un modo alarmante. El día 22 de marzo de 1885, Casta Esteban y Navarro, la viuda de Gustavo Adolfo Bécquer, entraba en el Hospital General, y en la sala número 13, cama número 3, dejaba de existir el día 30 del mismo mes a las tres y media de la tarde. Sus restos recibieron el abrazo de la madre tierra en el cementerio de Santa María.

¿Qué rima puede compararse, mujer infortunada, al negro camino de tu vida y a la soledad y el dolor de tu muerte?

Que estas páginas, que hoy se publican, sean una ráfaga de aire nuevo que bese el roto mármol de tu olvidada sepultura.

FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA.